

Poemas*

Guardo memorias

Guardo memorias
para el invierno:

entonces
veré si puede
salvarme la nostalgia.

Si no puede,
sabré ya
qué es el no ser.

Sonetos de mi isla

1

EN LOS CANGILONES DEL LITORAL,
AL ATARDECER.

Quédese el mar en este cuenco umbrío
al que viene a yacer, ola tras ola,
cada tarde de efímera amapola
y nácar de mojado calosfrío.

Que se quede a vivir este mar mío,
sin el furor de su arponeada cola,
en la sed de la rota caracola,
en el cáliz de musgo en que lo ansío.

* Del libro inédito *Memorias para el invierno*.

Quiero, aquí donde quiebra su estatura
repartiendo en espejos su frescura,
tocar su cristalina desmesura.

¡Qué más quisiera yo, qué más querría
que me inundase el mar de la armonía
con que inunda este cuenco la ola fría!

2

EN LA PLAZA DE LA CATEDRAL

Esas campanas, Catedral, que suenan,
como pedazos de rajado cielo,
en estas torres tuyas que alzan vuelo
en los crepúsculos que las almenan;

esas campanas —ángeles armados
de alma lunar y rígidos bordones—
dispersan un silencio de balcones,
perturban lejanías de terrados,

y de sus altas cárceles de piedra
—las alas asomando entre la yedra
que a la aridez impone su ornamento—

dejan caer, sobre la vieja plaza
donde fui niño y tuve amor y casa,
plegarias grises que dispersa el viento.

3

HURACÁN FRENTE A LA COSTA

Estamos en el vórtice. La calma
se desdobra como una ajada tela,
y a la borrosa lumbre de la vela
se despereza en cada sombra un alma.

Estamos en el centro de la calma
donde un ojo sin párpado nos cela.
Esta noche tan sólo me consuela
la lívida constancia de la palma.

Pero de pronto el animal furioso
desde otro flanco inicia nuevo acoso:
crines de lluvia baten sus ijadas

mientras galopa desde el horizonte
y en estruendo convierte cielo y monte
y en rabiosa espiral, las marejadas.

Ex Corde

Señor,
protege el desasosiego
de este hombre, mira que el fuego
en sus entrañas no cese,
y bendice la penumbra
en que su faz resplandece
frente al abismo que alumbra
la luz de su ordenador.

El es como tú, Señor,
competente y sigiloso
en su infinita faena,
e igual que tú va esparciendo
caminos sobre la arena.

No dejes de devolverle,
si algún día
la extravía,
la inquietud de que se vive,
y que de ti nunca espere
la quietud de que se muere.

(Y por más prisa que tengas,
no olvides cada mañana
asomarte a su ventana.)

Esto te pido, Señor,
para ese poeta amigo
que me sigue a todas partes
y que a todas partes sigo.

Suite Interior

Entre la mar y yo, las soledades
y ese sol distrital y abandonado
cayéndose de frío y de horizontes,
cayendo en mí, cayéndose a pedazos.

Entre la mar y yo, la fiel memoria
como una fortaleza, o como un grito;
memoria que convoco y se aborrasca,
verbo despavoridamente vivo.

Entre la mar y yo, las temblorosas
e inútiles distancias se desnudan
a tientas, como estrellas en la noche.

Entre la mar y yo, la noche sorda,
más fría que el olvido y más profunda,
donde mi voz, como la mar, se rompe.

Si Yo Fuera Yo

Si yo fuera yo
no escribiría poemas:
los dejaría en su sopor
de espeso poso pesaroso.

Si yo fuera yo
por nada de este mundo tocaría las palabras
—semejantes a espadas rencorosas.

Si yo fuera yo
y no mi testafarro
no me atrevería a fingirles que me explico
y que los comprendo.

Manuel Díaz Martínez